

BX4700

T.6

S2



### Á GUISA DE INTRODUCCIÓN

~~~~~

Sin juramento me podrás creer, ¡oh tú, quien quiera que leas este desmadejado folleto!, que desearía fuese él la flor y la espuma de la literatura y del bien decir. No tiene este mi deseo el fundamento de la vanidad, que no da para tanto mi pluma pecadora, sino que nace de las mismas exigencias del tema y del asunto, sublimes hasta dejarlo de sobra.

Comprendo sin ser un lince, que para cantar al Doctor angélico un himno debido á su celestial grandeza, hace falta y aún no llega, el laúd ó la cítara de un Dante ó de un Fray Diego de Hojeda; que para sondear el abismo de su ciencia, se necesita el valor de un héroe que no se turbe entre sus senos y misterios secretísimos; que para mirar de hito en hito á la frente del Sol de Aquino, es fuerza haber nacido águila

que con su poderosa pupila resista las cascadas de la lumbre inefable del astro del día. Y yo, que ni soy poeta, ni héroe, ni águila, tendré que vérmelas y deseármelas, lo confieso, para llegar por las asperezas de mis cuartillas *de la inmortalidad al alto asiento* en que aparece coronado por cien generaciones el Salomón de la nueva Iglesia, Santo Tomás de Aquino.

Mas no ha de ser esto causa de que yo desmaye y ceda en la empresa: y sin pretender la composición de un nuevo himno al gigante de la ciencia, sin soñar siquiera en la medición de sus talentos incomparables, sin venírseme á las mientes el fijar cara á cara mis ojos en el brillo inmaculado de su frente olímpica, sólo he de procurar reunir notas dispersas, datos y rasgos ya investigados, para con ellos y con las reflexiones que de su exposición resulten, presentar aunque sea microscópicamente la imagen no desfigurada de Santo Tomás.

Alíentame otrosí en mi idea, la consideración de que el angélico Maestro es carne de mi carne, miembro de mi familia, hijo de un mismo Padre, hermano de una mis-

ma gloriosa Orden. Y si ya dijo el V. Granada que el amor, cuando es verdadero, es atrevido, baste para disimular mi atrevimiento, el cariño que siento hacia el Ángel de las Escuelas, á quien contemplo en la historia vestido con el blanco hábito que como él, aunque indignamente, llevo.

Mi libro, pues, no tiene pretensiones ni pujos de ninguna especie: ni siquiera me propongo lograr lo que Cervantes aconseja á todo escritor y es que procure con palabras significantes, honestas y bien educadas hacer que salga el periodo festivo, y amena y sonora la oración. Sólo va á ser mi humilde trabajo un desahogo del alma, y un recuerdo á los jóvenes estudiantes de quienes Santo Tomás es Patrono y Abogado celestial.

En las hermosas virtudes del angélico Maestro, aprenderán los jóvenes el verdadero secreto de la grandeza que es diamante purísimo escondido en el fondo de la modestia y de la humildad, y en los destellos de la ciencia del Doctor incomparable, aprenderá esa misma juventud estudiosa la clave de la sabiduría sólidamente cristiana

y hercúlea, que no es otra esa clave que el temor de Dios principio de todos los conocimientos, porque escrito está: *El Dios de las ciencias es el Señor, y todos los dones perfectos descienden de lo alto donde reside el Padre de las luces.*

¡Ojalá que este libro, cuán humilde y modesto es, sea suficiente para enamorar el corazón de alguno de tantos niños como pasan á ser hombres en medio de furiosos vendavales y de embravecido oleaje!..... ¡Quiera el Santo Protector de las Escuelas católicas que los heróicos ejemplos de sus virtudes, leídos en las páginas de este folleto, sean poderosos para encender en la inteligencia de los jóvenes la luz de la sabiduría cristiana, para que fecundado el corazón con la virtud y esclarecido el entendimiento con la ciencia, sea el joven un arco iris de esperanza y un retoño y renuevo que produzca á su tiempo flores y frutos de regeneración y de prosperidad.

Y con esto, Dios te valga, lector amable, y quiera concedernos en su infinita clemencia, aquí paz y después gloria.

~~~~~



## CAPÍTULO PRIMERO

### NACIMIENTO DE SANTO TOMÁS

**E**s manía ridícula y muy socorrida de galopines é ignorantes, el afirmar de rondón que las Órdenes religiosas de todos los tiempos se componen de una gusanera ó manigua de gentuza de poco más ó menos, sin prosapia y sin nombre en las encopetadas cumbres de la aristocrática sociedad.

Aún en el caso de que se concediese gratuitamente esta suposición, nada tendríamos en contra de las traídas y llevadas Órdenes religiosas, sabiendo por la fe y por la historia que el brazo de Dios, como dice Fr. Luis de Granada, siempre está sano y sus arcas llenas para repartir los tesoros infinitos en beneficio de sus criaturas. Jamás el poderío divino se coarta con la humildad del instrumento, antes se abrillanta más y más sacando del

polvo de la tierra á los que destina para príncipes y señores de su pueblo.

Mas por lo mismo que en Dios no hay aceptación de personas y así usa para la realización de sus fines del cedro del Líbano y de la vara del desierto, la influencia de sus gracias resplandece tan hermosa y admirable en medio de los andrajos y de la pobreza, como entre las sedas y el despilfarrero de la aristocracia; en la miserable choza del labriego como en el suntuoso palacio del prócer y del magnate. Y así como del polvo saca los príncipes, y de las piedras los hijos de Abrahán, del mismo modo elije los genios y los héroes de los siglos de entre la alcurnia y el fausto de la nobleza según el mundo.

Uno de esos genios benditos escogidos por Dios con singular cariño para ser como la encarnación de todas las glorias de una época y de un siglo, es Santo Tomás de Aquino, ilustre según la sangre y mucho más según los consejos de Dios y los tesoros de su gracia.

Vió Tomás la luz del mundo el año 1226 ó 1227 y fué vástago de una familia de linajudo entronque emparentada con la nobleza de Italia y de Alemania.

Su padre, llamado Landulfo, era Conde de Aquino y nieto del emperador de Alemania Federico Barbarroja; su madre, la Condesa de Caraccioli,

descendía de los príncipes conquistadores de Sicilia y de los magnánimos reyes de Aragón. Así quiso el cielo generoso unir en el vástago de los Condes de Aquino la pureza nobilísima de la sangre con la santidad, mucho más noble aún, de las virtudes cristianas elevadas á un grado heroico (1).

Bautizóse al infante en medio del regocijo más tierno y se le puso por nombre Tomás. Rarísima vez habrá existido nombre mejor impuesto y que más de lleno expresase la condición de la persona. Tomás, en efecto, significa *admirable*, y aquel niño hermoso, fué con toda exactitud el *Admirable* clásico de la historia cristiana, uno de los milagros de primer orden con que Dios se complace en ostentar las grandezas de su misericordia, el coloso de su siglo, el don inefable que el cielo regaló á la tierra derramando en él una buena parte de sus soberanas munificencias. Tomás fué admirable en

(1) En una dedicatoria curiosísima al Angélico Maestro, escrita en italiano, se dice sobre el linaje de Santo Tomás:

«All'Angelico suo Santo Fratello e Maestro Tommaso D'Aquino, Figlio di Landolfo Conte d'Aquino degli antichi Principi di Lombardia, è di Teodora Caraccioli de' Principi Normanni, poi Ré delle due Sicilie. Che ebbe per Avi pa'erni Tommaso Conte di Soma, Luogotenente generale dell'Armi di Federigo I. Imperadore, e Francesca Principessa de Suevia e di Baviera, Sorella del detto Cesare: Pronipote (sobrino 2.º) di Federigo I. Nipote (sobrino) di Arrigo VI. (Enrique VI). Congiunto in terzo grado con Federigo II. Imperadori.....»

su nacimiento anunciado á la Condesa Teodora por un santo ermitaño que la pronosticó la venida al mundo de un niño que sería esplendor de la ciencia y joya inestimable de virtud: Tomás fué admirable en la cuna, cuando á semejanza del sol al brillar entre los celajes de la aurora, apareció bañado de nimbos de gloria y de claridad que partían en haces de luz y de oro de la frente in-centísima del niño: Tomás fué admirable en la infancia enamorando á todos con los hechizos de su alma virginal: fué admirable en la mocedad, en la que, á ejemplo de Jesús, crecía en ciencia y en años delante de Dios y de los hombres; fué admirable en su vida pública y perfecta siendo el nuevo Salomón del templo maravilloso de la Iglesia: fué admirable en el palenque al que bajó repetidas veces á recoger la palma destinada al más invicto de los atletas cristianos: fué admirable en sus obras aplaudidas por cien generaciones, celebradas por los ángeles, y bendecidas por la misma infalible Verdad, Jesucristo: fué admirable en sus virtudes con las que se remontó como águila potente hasta las cumbres *do el saber llueve*: fué admirable en su vida empleada sin descanso en pró de la civilización, de la humanidad y de Dios: fué admirable en la muerte en la que cerró sus ojos y abrió sus brazos para irse al cielo en medio de las cadencias de los serafines, de las

sonrisas de la Madre de Dios y de las lágrimas de los que en la tierra le amaban como á su Maestro y su Padre, y es, en fin, admirable en la historia en cuyas páginas figura el nombre de Tomás de Aquino como símbolo de luz, de grandeza y de heroísmo.

¡Bendito mil veces el nombre de Tomás!.....

Toda la familia de nuestro venturoso niño, era, á la vez que noble é hidalga, cristiana y formada según el corazón de Dios. Por eso los primeros años de Tomás, corrieron dulcemente en medio del cariño y de la virtud que son las dos alas con que los niños, iguales á los ángeles, comienzan á espaciarse en un horizonte de color de rosa y azul como el fondo de los cielos. Como prueba de la santidad de la familia de nuestro Santo, baste saber que su madre llegó en los últimos años de su vida a un alto grado de perfección; Landolfo y Rainaldo, hermanos de Tomás, padecieron con ánimo esforzado por la causa de Dios y de su Iglesia, y dos de sus hermanas, Marieta y Teodora, aconsejadas por el angelical joven, abrazaron la vida de la penitencia y del retiro.

El más santo de toda esta familia cristiana de abolengo, fué Tomás.

Ya desde pequeñuelo, quiso el Señor mostrar en el alma y en el corazón de Tomasito algo de los planes gigantescos á que la Providencia le te-

nia destinado, y como el astro rey envuelto entre nubes, descubre su presencia en los arreboles con que las dora y tornasola, así Tomás entre los pañales y estrecheces de la infancia, mostraba ya la grandeza de su alma; y los rayos de la divina gracia, bañando de claridad sus facultades, dejábase vislumbrar en multitud de prodigios que hacían sospechar la presencia del dedo de Dios que andaba encendiendo en la frente de aquel niño la llama del genio predestinándole para cosas que iban á ser el pasmo del cielo y el encanto de la humanidad.

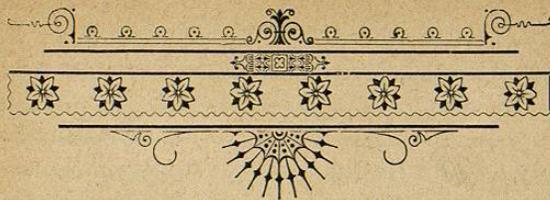
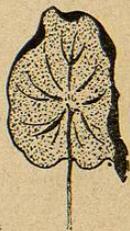
Con Dios andaba su Santa Madre acariciando con inefable ternura al hermoso infante de Aquino, y María, que se complace en derramar sus halagos sobre los ángeles inocentes, extremó sus hechizos maternos en el niño Tomás á quien quiso desde la aurora de su vida conducir por sendas de rosas y azucenas. Excusado es decir que el niño siguió á su Madre como manso corderillo.

Véase una muestra de la correspondencia entre la Reina del cielo y el Angel de las ciencias.

Un día en que la noble Condesa Teodora se encontraba en la bella playa de Nápoles, la nodriza encargada del cuidado de Tomás, aún muy niño, al pretender bañarle en una de las piscinas al efecto preparadas, observó que el pequeñuelo se resistía poniendo todo su conato en apretar con

sus manos una cedulilla ó papel. Trató el ama de arrebatár al niño el papel y aún se empeñó en abrirle la mano á viva fuerza, mas fueron tales los suspiros y las congojas del inocente, que al cabo hubo de entrar en el baño con el papel fuertemente asido con una de sus manos. Salió del agua y el niño hermoso seguía apretando el papelillo y cuando se le volvió á casa, observaron que Tomás guardaba la cédula como un tesoro inestimable. Esta tenacidad impropia en un niño de mieles y ternuras como lo era Tomasito, excitó poderosamente la curiosidad de su madre que veía en el suceso algo más que un pasatiempo inocente ó un capricho pueril, y haciéndose por unos momentos sorda á las lágrimas de su hijo, arrancó de sus manos el misterioso papel.... ¡Cosa singular y extraordinaria!... en la joya por la que tanto suspiraba el angelical infante, no se veían más que dos palabras que formaban el imán de los amores del corazón purísimo del niño: esas dos mágicas palabras eran: *Ave María*. Sorprendida y admirada la Condesa de Caraccioli con la significación de aquel hecho, devolvió al niño el anhelado papel, y tomándolo el pequeñuelo con avidez extraordinaria, se lo llevó á su boca y después de tragárselo, quedóse sonriendo como deben hacerlo los serafines cuando entonan himnos de alabanza á la Emperatriz de los cielos.

Huelgan los comentarios ante un hecho tan prodigioso. Ya no debe causarnos extrañeza ver al Doctor preclarísimo caminar á paso de gigante de virtud en virtud derramando por el mundo los rayos de su ciencia y los tesoros de su heroica santidad. Un niño que es anunciado por el cielo antes de aparer en la tierra, un niño que se ofrece entre las sonrisas de su cuna como un sol de luz y de resplandores, un niño á quien se le van milagrosamente el corazón y todas las potencias tras la Virgen Inmaculada y Trono de la Sabiduría, no es posible que un niño como ése no sea un nuevo Angel del Apocalipsis á quien Dios ha entregado las llaves con que se descubren los secretos de la ciencia y de los misterios más escondidos y augustos.



## CAPÍTULO II

### EDUCACIÓN RELIGIOSA DE SANTO TOMÁS

No hay edad más bella que la infancia, ni tarea más espinosa y difícil que su educación. «Cosa es la infancia, dice un escritor, que así se deshace con el calor excesivo, como se endurece con el frío extremado. Conservarla en el grado preciso para que pueda tomar la forma deseada, sin que se quiebre ó se deshaga entre las manos, es el misterio del arte de la educación» (1).

Cual mansísimo y trasparente lago en que se reflejan todas las bellezas ó fealdades de la ribera, así la niñez reproduce todas las impresiones exteriores y conserva acrecentándolos cuantos sentimientos resuenan en su corazón y hacen vibrar la más imperceptible de sus fibras delicadísimas. Si hay flores en la orilla y luces en el cielo; si los

(1) Pereda. Tomo XI de sus Novelas.